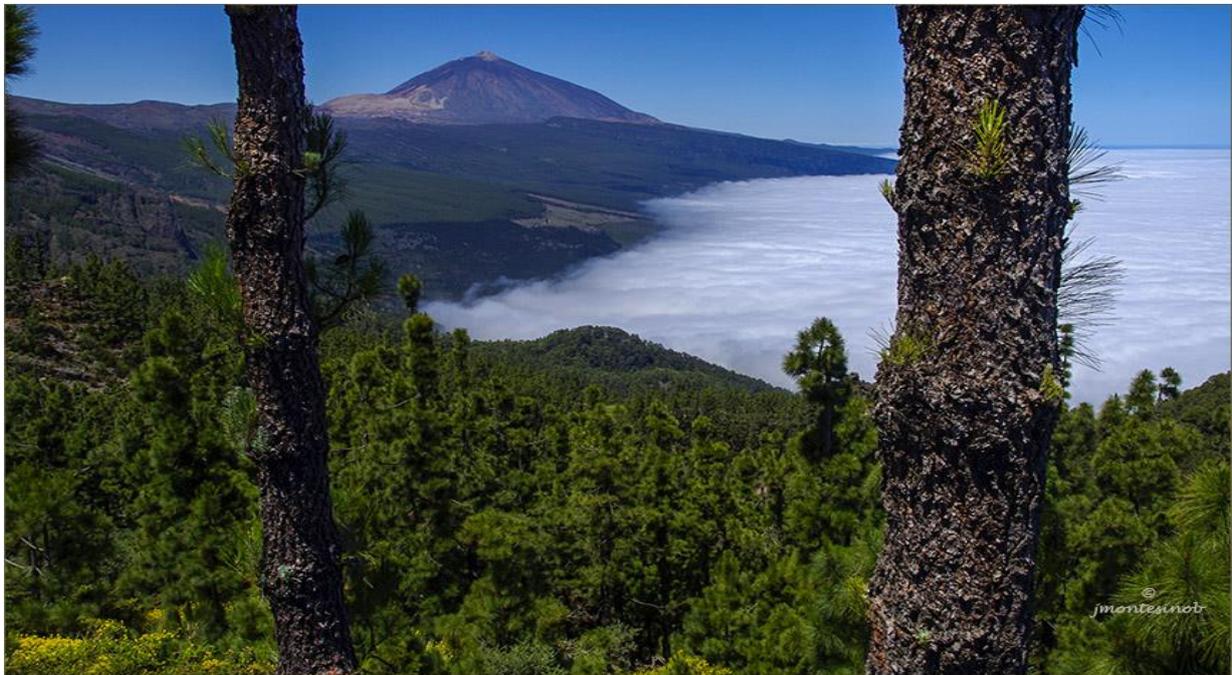


EL PINO CANARIO



El pino canario, *Pinus canariensis* Chr.Sm. ex DC, es endémico de las islas, silvestre en Gran Canaria, Tenerife, La Gomera, La Palma y El Hierro. Forma el PINAR CANARIO por arriba de la Laurisilva en el norte, desde los 1000 metros de altitud, donde está el Pinar Mixto con elementos del Monteverde y todavía bajo la influencia del mar de nubes en su ascenso diario, hasta los 2200 m., donde son frecuentes las heladas, ya en el dominio de los matorrales de la cumbre en Tenerife y La Palma, las islas más altas. En La Gomera, solo existen algunas poblaciones naturales en Algunos roques, aunque, según se deduce de estudios arqueológicos, podía haber tenido una distribución mayor en la cumbre y laderas del sur, por los numerosos restos de madera de pino que se ha encontrado en los yacimientos, utilizada para quemar las ofrendas en los pireos. En El Hierro se extiende por cumbres y laderas del sur. En las otras tres islas, por el sur pueden bajar hasta las medianías, contactando con el matorral xérico de los tabaibales. El Pinar canario natural es un bosque abierto de pinos con matorrales de otras especies acompañantes.



El color verde amarillo del pinar canario en el norte de Tenerife contrasta con el verde azulado de los pinos foráneos, como esa mancha del valle de la Orotava a medio talar, donde se ha ido regenerando el Pinar mixto y el Monteverde.

El Pino canario es un árbol resistente frente a la rigurosidad del clima; también sobrevive a los incendios por la gruesa corteza que lo protege, un logro de la evolución en territorio volcánico. Cuando tienen más de 20 años, brotan de nuevo en sus ramas o en la cepa, a los pocos meses de haberse quemado. Adaptado a los terrenos pedregosos, sus raíces se abren paso incluso a través de las lavas recientes. Este árbol es un portento de la naturaleza, una maravilla de nuestra flora.



Los pinos viejos tienen un porte magnífico y elegante, alcanzan gran altura y buen crecimiento horizontal en sus ramas, si tienen espacio para ello, como se puede comprobar hoy en los pinos viejos de Vilaflor o de otros lugares de la Corona Forestal de Tenerife. Sus hojas, acículas, son largas, péndulas y reunidas en grupos de tres. Sus flores son unisexuales, separadas masculinas y femeninas en las ramas; los estróbilos femeninos son las “piñas” que encontramos en el suelo abiertas cuando han soltado los piñones. Los pinos viejos acumulan resina en el duramen de sus gruesos troncos formando la tea.

Los pinares naturales y de repoblación ocupan el mayor porcentaje de superficie con árboles en las islas. Los pinares densos suelen ser de repoblación. En ellas se ha empleado el pino canario, pero también otras especies foráneas como *Pinus radiata*, *P. halepensis* y *P. pinaster*, que no resisten al fuego como el canario.

Las otras especies vegetales acompañantes del pinar también están adaptadas a los cambios del clima encima del mar de nubes, donde hay menos humedad, alta insolación y grandes oscilaciones térmicas entre el día y la noche. Destacan Amagantes (jarales), Escobones (Escobonales), Codesos, Chahorras, Lotus sp., Micromeria sp., Poleos, bejeques, ... El Pinar es el hábitat específico de los pájaros Picapinos y Pinzón Azul, (en Tenerife y Gran Canaria) y de la oruga de una mariposa nocturna endémica que come de las acículas y los dejan “pelados”, cuando forman una plaga. Existen también muchos insectos que viven en el pinar, tanto en las partes aéreas como en el suelo debajo de la “pinocha”.

El pino canario ha sido fuente de diversos aprovechamientos históricos. La pinocha, las hojas que se secan, caen y van cubriendo el suelo del pinar, se ha recogido para cubrir suelos de cultivo, para la elaboración de estiércol, para el acolchado en los empaquetados de plátanos, o incluso para el relleno de colchones.

La madera de sus troncos, especialmente la tea, se empleaba antiguamente como madera en la construcción de casas por ser dura y resistente a insectos y hongos, como podemos comprobar en las casas centenarias de Tenerife, La Palma o Gran Canaria.

También se cortaron muchos pinos para quemarlos y obtener la brea o Pez, una mezcla de cenizas y resinas que se recogía como producto de su incineración en unos compartimentos hechos con piedra, hornos de la pez, con dos partes a distinta altura; en una se quemaban y la pez fluía hacia el depósito inferior donde se recogía. La brea del pino canario era muy apreciada para calafetear los barcos de madera. En el siglo pasado también se sacó brea de pinos vivos, quemando una porción del tronco próximo al suelo, quedando una cueva como testimonio de la mencionada práctica, como se puede comprobar todavía en algunos lugares de Tenerife.



El fuego del suelo subía a la copa bruscamente y los pinos ardían como antorchas. Incendio en el pinar de Candelaria, 1981.



Pino de unos 20 años brotando de nuevo a los pocos meses de un incendio en la Guancha TF.

Texto y fotos:
Juan Montesino Barrera
biólogo